

Homilía de IV Domingo de Pascua

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Nadie me quita la vida; yo la entrego libremente”

Pautas para la homilía

El nombre de Jesucristo: por su nombre se presenta éste sano

Pedro se dirige en la primera lectura a las gentes importantes de Jerusalén (jefes y senadores), después de la curación del paralítico que pedía en la puerta del templo; Jesús lo hace a los fariseos. Todos presumen de ostentar grandes títulos, y con ellos pretenden alcanzar poder y tener autoridad. Jesús se llama a sí mismo “pastor”; los primeros cristianos le reconocen como “piedra desechara”. Los humanos buscamos refugiarnos en grandes títulos e imágenes brillantes. Pero sólo Cristo salva, y “no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos”. Nos confunde demasiado el poder o el subir, el aparentar o el ser autoritarios. Nos seduce alcanzar grandes metas. Pero Jesús llega desde lo humilde y lo pequeño. A veces nuestros grandes proyectos no tienen piedra angular en los que apoyarse. ¿En qué nombre, en qué llamada o en qué centro se sostiene mi vida?

La piedra desechara es ahora piedra angular

La Pascua nos trae el misterio de la Vida escondido detrás de la experiencia de fracaso, humillación y dolor. Experiencias que todos vivimos y que ayudan a crecer. La resurrección rescata “el lado oscuro de lo humano” como oportunidad de gracia y de felicidad. Cuestiona al “superhombre” y apuesta por el sencillo. ¡Es la opción por lo humano con todas sus consecuencias! ¿En qué experiencias de debilidad, propias o ajenas, soy capaz de encontrar las pistas del Resucitado?

Somos hijos de Dios, y seremos semejantes a Él

Sencillamente por el “amor que nos ha tenido el Padre”. Sólo el amor tiene fuerza para construir un proyecto de vida feliz; tiene un potencial y una garantía de futuro, de superación, de eternidad. ¡El amor lleva siempre más lejos, más hondo! El amor hace verdaderos hijos de Dios, semejantes a Él. Y por tanto genera cristianos resucitados, hermanos de todos. Quien quiera una vida realizada y dichosa sólo puede orientarla desde aquí. Cualquier opción humana al margen del amor se convierte en frustración. ¿Es el amor el motor de mi relación con Dios, el criterio por el que pasan mis decisiones?

El pastor y el asalariado: El buen pastor da la vida por las ovejas

El pastor humilde, tantas veces inculto, cuida de sus ovejas y le va la vida en ello; tal vez por cariño, o mejor por mero interés económico y vital. Sus ovejas son su todo. Por eso puede conocerlas, cuidarlas, llamarlas por su nombre, caminar pacíficamente detrás de ellas. No hay nada de romántico en ello, sino de normal y rutinario. ¡El es así! La tarea evangelizadora de la Iglesia se ha llamado muchas veces “pastoral”, pues se realiza al modo de Jesús buen Pastor. Los asalariados no tienen entrañas ni intereses. Se sirven del rebaño para fines ajenos a él. Simplemente, no les importan las ovejas.

Esta imagen cuestiona el modo como queremos pasar por la vida como cristianos. ¿Entendidos de todo, profesionales de la Palabra, misioneros titulados? ¿O sencillamente hombres y mujeres buenos, cautivados por el Dios que es bueno con nosotros y cuya bondad (sí, su bondad y su misericordia) queremos transmitir como una urgencia? Vivir el Evangelio en clave “pastoral” supone un riesgo...

Conozco a las mías y ellas me conocen

Toda vocación humana implica un conocimiento, una relación profunda. No se ama lo que no se conoce. Si nuestro conocimiento de Jesús (en la oración, los sacramentos, el estudio, el servicio, etc) es pobre, más pobre será nuestra relación y lo que de ella se deriva. La vocación cristiana, bautismal, implica un deseo apasionado de conocer más, mejor, al Dios de Jesús; y así me voy conociendo más y mejor a mí mismo. La primera llamada del Resucitado es a “estar con Él a solas”, ahondar en el conocimiento hondo de su vida escondida en la mía. ¿Le dedico tiempo, espacios y oportunidades a ese conocimiento?

Nadie me quita la vida, sino que la entrego libremente

Y la vocación de especial consagración es aquella que quiere volar más lejos, más alto. “Hasta el extremo”, hasta entregar la vida... Hoy, que nada se suele entregar “gratis” y con libertad, Dios sigue llamando a hombres y mujeres, esos que ya le conocen bien, para que reproduzcan con su existencia la misma existencia gratuita de Cristo. En pobreza, amor, libertad y servicio. Como un acto de generosidad absoluta. En “dar la vida a una causa”, en darla “a la causa del Resucitado” para traer salvación al mundo, hay una felicidad difícil de medir...

Habrá un solo rebaño y un solo pastor

De orar se trata. De “escuchar su voz”. O lo que es lo mismo, de conocer más y más a este Dios y dejarse cautivar por su amor. De pedirle que Su Caridad despierte caridad en otros, y contagie caridad al mundo.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)